

LO AMERICANO EN LA PEDAGOGIA DE AREVALO

CON motivo de la reciente visita de Juan José Arévalo a Montevideo destacamos en las columnas de nuestro semanario, a través de diversos juicios de españoles y latinoamericanos, la notable repercusión que ha tenido la obra intelectual, no ya política, del primer Presidente constitucional de Guatemala.

Sin internarnos aquí en el cuerpo de sus doctrinas, vamos a apuntar, como introducción o simplemente como incitación a estudios más detenidos un rasgo ejemplar de su pensamiento educacional: la preocupación americanista, el interés por el lado americano de los problemas pedagógicos, la persistente voluntad de contribuir a lo que podría llamarse una *pedagogía americana*.

Ese rasgo se manifiesta mucho antes de 1944, el año en que la revolución guatemalteca lo arrancó de una cátedra universitaria, para entregarlo, acaso definitivamente, a la política. Es al período de su vida anterior a ese año que corresponde la labor filosófica y pedagógica de Arévalo, acaparada después su pluma por el tema político. Dicha labor, por otra parte, en su casi totalidad, fué realizada durante su actuación como estudiante y como profesor en los claustros argentinos, que se extendió, con ligeras intermitencias, desde 1928 hasta 1944, o sea, de los 23 a los 39 años de su edad.

En 1928 ingresó como estudiante a la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. En 1934 se doctoró en ella. En el acto de colación de grados le tocó hablar en representación de 300 graduados ese año en la mencionada Universidad, pronunciando un discurso de vigoroso acento americanista terminado con una invitación "a pensar en esta América que es nuestra y que empieza a ser grande por su cultura después de haber sido pequeña por sus dictadores" (1).

En 1937 publicó allí en forma de libro un estudio sobre *La Pedagogía de la Personalidad*, la dirección alemana de Eucken, Budde, Gaudig, Kessler. En 1939, otro libro, tal vez el de mayor difusión internacional de todos los suyos: *La Filosofía de los Valores en la Pedagogía*, monografía presentada al incorporarse como adjunto a la cátedra de Ciencia de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En 1941 esta misma Facultad editó *La Adolescencia como Evasión y Retorno*, el más original y atrayente de sus libros. En 1942 le tocó el honor de fundar el Instituto Pedagógico de San Luis en la Universidad de Cuyo. En 1944 atendía una cátedra en la Universidad de Tucumán cuando la juventud revolucionaria de Guatemala lo llamó para hacerlo su candidato a la Presidencia de la República.

En *La Filosofía de los Valores en la Pedagogía* (2), estudia Arévalo las distintas teorías a través de las cuales se ha hecho aplicación de la filosofía

de los valores al campo educacional. La "pedagogía de los valores": Ernesto Dürer. La educación como realización de los valores eternos: Hugo Münsterberg. La educación como comunicación de un mundo plerórico de bienes: Jonas Cohn. La educación como desarrollo de energía espiritual para la conquista de los bienes supremos: Guido Della Valle. La educación como proceso circulatorio de los bienes culturales: Julio Wagner.

Termina con una atinadísima crítica de las concepciones absolutistas y objetivistas de los valores, que lo conduce a esta conclusión: "La Axiología no está llamada a proporcionarnos sistemas imponentes de valores sino a provocar en el alma de cada individuo una particular reorganización de la conducta sobre la base de sus propias vivencias" (3). Y es aquí donde se inserta, descendiendo de la teoría pura a la realidad histórica y a los sujetos humanos, su preocupación americanista:

"Creemos — dice — que la figura del maestro, cuando suma convicciones axiológicas a su generosidad, cumple en la vida escolar funciones cardinales, particularmente en nuestra América (4). El niño, el muchacho, el joven, que merecen preferencia en la labor colectiva del aula, crecen, florecen, se multiplican en actividad, en afecto, en alegría: se elevan, se entusiasman, cuando junto a ellos trabaja una personalidad que configura dentro de un marco de firmeza y de sacrificio, y que resguarda en la medida de sus fuerzas los valores de que otros hacen mofa... Sobre todo, en esta hora de subversión, de vanidad y de insolencia, en que pueblos enteros han sido despojados de sus derechos más elementales, y en esta América joven, llamada a albergar sociedades sin odios, sin clases y sin amos, es más urgente y más fecunda la presencia de maestros ejemplares... maestros, y ya no sólo maestros, sino simplemente hombres cuya contextura espiritual devuelva a la juventud alarmada de nuestra América, su fe en el tardío pero posible reinado de los valores excelentes" (5).

La Adolescencia como Evasión y Retorno — ese ensayo del que Arturo Capdevila ha dicho que "no hay página en que no resplandezca el talento" — desarrolla una sutil y profunda tesis sobre la vida anímica del adolescente. Sostiene Arévalo que el espíritu describe durante la adolescencia una curva integrada por dos líneas, una de ascenso que corresponde al divorcio con respecto al ambiente, y otra de descenso que señala la consecutiva reconciliación. "Afirmamos — agrega — que el divorcio y la reconciliación están gobernados por un sentido axiológico, debiendo por consiguiente hablarse de un primer período de desvaloración del mundo y un segundo período de revaloración: o sea, una evasión y un retorno" (6).

Es al segundo período que dedicará preferente atención. Pero, guiado siem-

pre por el interés americano, es así como formula, desde el comienzo, uno de los objetivos de su trabajo: "proponer una explicación del segundo momento de la curva, indicando el orden de los pesos de conformidad con los cuales el adolescente latinoamericano de nuestro siglo retorna a su mundo, retorno que a la vez significa el cumplimiento de los primeros pasos firmes en la formación de la personalidad" (7). Propuesta dicha explicación en el curso de su estudio, puntualiza Arévalo:

"No nos atrevemos a afirmar que el retorno de los adolescentes se produzca siempre, en todas partes, en la misma forma, con iguales pesos. Reconocemos la enorme influencia que puede tener en ello la raza, el ambiente, la educación, el temperamento, etc. Posiblemente los adolescentes proletarios reaccionen de distinta manera ante su medio. Quizá para los adolescentes griegos de la antigüedad la mujer no haya tenido la significación revolucionaria que conforme a la sensibilidad de los pueblos occidentales le hemos asignado. Habrá en África y en Asia millones de adolescentes que jamás hayan necesitado de un mentor. Todo eso es posible. Pero sin afirmar ni negar lo que puede ser de la intimidad de generaciones tan lejanas o tan diversas, podemos establecer que en todo adolescente hay una evasión y un retorno, que el retorno — cualesquiera sean sus motivos — tiene el sentido de una revaloración del mundo circundante y que ese retorno se da en el adolescente latinoamericano de nuestro siglo, en términos generales, conforme al esquema propuesto. El factor "persona" y el sentido axiológico que hemos subrayado cuentan en nuestro medio social con un clima propicio a las exaltaciones, a este género de mareas espirituales. Países semicoloniales, semirrepublicanos, en los que campea cierto alegre e irresponsable individualismo, dejan todavía al muchacho una amplitud de acción de que ya no se goza en sociedades con otra organización, y tanto en la familia como en la escuela, como en el Estado, la personalidad naciente se mueve con espontaneidad silvestre. Es, pues, el nuestro un medio social propicio a esta marejada axiológica, con su bajamar y su pleamar" (8).

El volumen *Escritos Pedagógicos y Filosóficos de Arévalo*, recoge trabajos dispersos, elaborados, y en su gran mayoría publicados, entre 1928 y 1944. En varios de ellos se halla en primera línea el tema americano, como en "La nación mejicana y los problemas de la educación", "La nueva Universidad argentina", "Algunos aspectos de la escuela argentina" y — muy especialmente — "Marco social de la educación en nuestra América".

Este último corresponde a 1939, el año de su incorporación a la docencia de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y fué publicado inicialmente en la "Revista de Pe-

dagogía" de Tucumán, dirigida por Lorenzo Luzuriaga. Luego de una referencia a la antinomia universo-re-gión, establece allí Arévalo:

"Nadie que mire nuestra realidad social con elevado criterio histórico puede negar que una de las notas distintivas de la vida general en esta parte del mundo es la de que las naciones se hallan en mitad de camino entre el estado colonial de organización y la anhelada plenitud republicana. Es progresiva pero muy lenta la superación de formas coloniales en nuestra estructura social, y las supervivencias son todavía tantas que se necesitará de tenaces esfuerzos colectivos para lograr la definitiva forma republicana de existencia. La pedagogía, a diferencia de otros órdenes del saber universal, no puede olvidar ni por un momento esta dramática realidad social circundante" (9).

Propone luego "un cuadro de problemas continentales, tal como los vemos en octubre de 1939 desde este oasis que es Buenos Aires". En primer término, la heterogeneidad racial crea el problema de la unificación espiritual de la población del continente, problema político y económico pero también cultural y por lo tanto educacional. En segundo término, la heterogeneidad social crea una problemática análoga. En tercer término, los problemas consiguientes a la "ocupación espiritual" de aquellas zonas que se hallan en pleno desamparo cultural. En cuarto término, la general despreocupación por la educación pública y por el trabajador del aula, de parte de los dirigentes de las naciones iberoamericanas. En fin, los problemas técnicos de la pedagogía, respecto a los cuales no hay criterio firme entre los educadores de América.

Ese es el orden en que los problemas se le presentan a Arévalo, porque quiere ante todo "recordar a quien lo hubiere olvidado que adentro y más allá de la minucia académica o del menester escolar existe una angustiosa realidad social de caracteres específicamente iberoamericanos a la que no podemos honestamente volver la espalda" (10).

Por nuestra parte, no es una intención especulativa o crítica la que nos ha movido en esta oportunidad. Sólo hemos querido con estos rápidos apuntes, contribuir a la difusión entre nosotros del pensamiento — tan ejemplar como su acción, tan solidario de su acción — de quien es en estos momentos un símbolo y una bandera de una gran causa latinoamericana.

ARTURO ARDAQ.

NOTAS:

- (1) J. J. Arévalo, *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*, Guatemala, 1945, p. 136.
- (2) 1ª edición, Buenos Aires, 1939; 2ª edición, Guatemala, 1946.
- (3) Ed. 1939, p. 75.
- (4) El subrayado es de Arévalo.
- (5) *Ibidem*, p. 76-77.
- (6) J. J. Arévalo, *La Adolescencia como Evasión y Retorno*, Bs. As., 1941, p. 12-17.
- (7) *Ibidem*, p. 13.
- (8) *Ibidem*, p. 58-59.
- (9) J. J. Arévalo, *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*, p. 36.
- (10) *Ibidem*, p. 45.



HABANOS

*suaves y ricos
llegaron
para el*

SINVIKO

IMPRESO EN LA